

El Jesús Humano, Sarx, y el Primer Pecado de Adán

Cuando el apóstol Pablo predicó a los judíos el evangelio de que Jesús de Nazaret, quien fue crucificado y resucitó, es el Señor y el Cristo, esto fue “un tropezadero” para los judíos (1 Cor 1:23). La palabra griega skandalon (σκάνδαλον), traducida aquí como “tropezadero”, significa “trampa/piedra de tropiezo” y es la raíz de la palabra inglesa scandal. Según la ley judía, cualquiera que es colgado en un madero está bajo la maldición de Dios, así que no era fácil para los judíos aceptar a Jesús como el Mesías. Sin embargo, de la manera más paradójica, al tomar Él mismo esa maldición, Jesús abrió el camino de salvación para todos los que creen en Él.

Ahora hay también un escándalo en la Iglesia Yulbang y en el Ministerio Zoe: a saber, el asunto del Jesús humano, sarx (σάρξ, “carne”), y el primer pecado cometido por Adán. ¿Por qué la declaración aparentemente sana y bíblica: “Porque Él nos amó, Jesús vino a esta tierra en la misma carne (sarx) que la nuestra (Fil 2:6–8)” se vuelve problemática? Este breve ensayo ofrece una respuesta concisa y está organizado de la siguiente manera: acerca de Jesús que vino como un hombre bajo las mismas condiciones que nosotros (secciones 1, 2); acerca de Pablo, quien usa la expresión sarx (“carne”) para referirse a ese Jesús (sección 3); además, acerca del asunto entre este Jesús humano y el primer pecado de Adán (secciones 4, 5); y en la sección 6, una síntesis del contenido y los beneficios traídos por la nueva perspectiva presentada por el Ministerio Zoe; finalmente, en la sección 7, preguntas que han sido planteadas dentro del Ministerio Zoe respecto al Jesús humano son ordenadas en un formato de preguntas y respuestas.

1. Los Evangelios testifican el hecho de que Jesús, como un ser humano como nosotros, ministró en esta tierra en la plenitud del Espíritu Santo. Esto es el cumplimiento de la profecía concerniente al Mesías en Isaías 42:1: “He aquí mi siervo, a quien yo sostengo, mi escogido en quien mi alma se deleita; he puesto mi Espíritu sobre él; él traerá justicia a las naciones.” El Mesías y el Espíritu son inseparables, y Jesús el Mesías cumplió esto. Los Evangelios proclaman que Jesús, quien vivió una vida llena del Espíritu como hombre, es el Mesías, y también enseñan que Él es el modelo para nuestras vidas.

En Marcos —el primero de los cuatro Evangelios que se escribió— Jesús se refiere a Sí mismo como el Hijo del Hombre, es decir, el hijo de un ser humano. Solo los demonios reconocen que Él es el Hijo de Dios e intentan exponer esto, pero cada vez Jesús les

ordena guardar silencio, manteniéndolo oculto hasta que Él lleve el propósito final de Su ministerio humano —la cruz (el “Secreto Mesiánico”, el secreto del Hijo de Dios). Solo cuando Marcos llega a 15:39 muestra al centurión romano quien, mirando a Jesús colgado en agonía horrenda en la cruz, hace la confesión paradójica: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”.

Jesús dejó claro que la fuente de todo Su poder era el Espíritu Santo. No era el poder divino que Él ya poseía como el Hijo de Dios. Mateo registra a Jesús diciendo: “Pero si yo expulso demonios por el Espíritu de Dios...” (Mat 12:28). Jesús, como un ser humano como nosotros, expulsó demonios por el poder del Espíritu Santo.

Lucas muestra repetidamente que Jesús fue continuamente lleno del Espíritu: Él fue concebido por el Espíritu (1:35), fue lleno en Su bautismo (3:22), estuvo lleno del Espíritu durante Su tentación (4:1) y fue lleno cuando lanzó Su ministerio público proclamando las palabras de Isaías (4:18). Estos cuatro relatos de Jesús siendo lleno del Espíritu implican que Él vivió en la plenitud continua del Espíritu —y, al mismo tiempo, nos dicen a nosotros, Sus discípulos, que nosotros también debemos vivir continuamente llenos del Espíritu. Si los discípulos llenos del Espíritu son el tema central del libro de Hechos, entonces incluso la disposición del Nuevo Testamento —Hechos siguiendo a los Evangelios— nos anima a que Jesús es el modelo para nuestras vidas, y que debemos seguir el ejemplo que Él ha mostrado.

Sin embargo, la perspectiva del Evangelio de Juan es algo más abarcadora. Es decir, mientras los Evangelios Sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) se enfocan más en Jesús como hombre, el Evangelio de Juan revela más completamente a Jesús como Dios. Esto no significa que los Evangelios Sinópticos, centrados en Marcos, retratan solo al Jesús humano, ni que Juan retrate solo al Jesús divino. Marcos también proclama claramente la identidad divina de Jesús desde el principio, declarando: “Principio del evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios” (1:1). Por otro lado, Juan 1 testifica que la Palabra, que estaba con Dios desde el principio, se hizo carne (σάρξ, sarx) y habitó entre nosotros (Juan 1:1, 14). Al final, lo que buscan enfatizar es diferente.

El Evangelio de Juan —escrito alrededor del año 100 d. C., aproximadamente setenta años después de que Jesús llevara la cruz y resucitara, probando así Su identidad como el Hijo de Dios y el Mesías— es un Evangelio que, sobre el fundamento firme de la creencia establecida de la Iglesia primitiva en el “Jesús humano”, proclama claramente la verdad de que “Jesús es el Hijo de Dios”.

2. Entonces, ¿cómo hablan otras partes de la Escritura acerca del hecho de que Jesús vino como un ser humano en la misma condición corporal que nosotros?

La genealogía de Jesús testifica que Él vino como un “hombre”, nacido a través del linaje humano. Mateo comienza su Evangelio presentando la genealogía de Jesús (Mat 1:1–17). A través de esta genealogía, él muestra que Jesús vino como descendiente del rey David y, por lo tanto, como el Rey de los judíos y, en última instancia, como el Mesías. El hecho de que la genealogía de Mateo comience con Abraham, el ancestro del pueblo judío, habría destacado aún más para ellos que Jesús es su verdadero Rey y Mesías.

Mientras tanto, la genealogía de Lucas muestra claramente que Jesús vino como un ser humano, porque Lucas traza su línea genealógica hasta el primer hombre, Adán (Lucas 3:38). Además, la secuencia desde David hasta Elí (3:23–31) es completamente diferente a la de Mateo, y los comentaristas bíblicos señalan que Lucas está presentando la línea genealógica de María². Así, aunque tanto Mateo como Lucas describen a Jesús como el hijo legal de José, la genealogía de Lucas pone un énfasis más fuerte en el linaje humano de Jesús³.

Hebreos también declara repetidamente, y con un lenguaje muy claro, que Jesús vino en la carne: “Él mismo participó igualmente de la misma naturaleza de sangre y carne (σάρξ, sarx)” (2:14), “Por lo cual debía ser hecho semejante a sus hermanos en todo” (2:17) y “En los días de Su carne (σάρξ, sarx)” (5:7).

1 Juan 4:2–3 también muestra que el hecho de que Jesús fuera un ser humano como nosotros era claramente un asunto en la Iglesia primitiva: “En esto conocéis el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne (σάρξ, sarx) es de Dios, y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios. Este es el espíritu del anticristo.”

3. Dios hizo que Pablo escribiera más de la mitad del Nuevo Testamento. Por lo tanto, examinar cómo Pablo entendía al Jesús humano es un asunto esencial que no debe pasarse por alto en nuestra discusión.

Debemos notar primero que, con respecto al Jesús humano, Pablo usa el término sarx (σάρξ, “carne”). Él declara que Jesús vino en la carne: “con respecto a Su Hijo, quien fue descendiente de David según la carne (σάρξ)” (Rom 1:3); “cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a Su Hijo, nacido de mujer” (Gál 4:4); “Dios, enviando a Su propio Hijo en semejanza de carne pecaminosa (σάρξ)” (Rom 8:3). En otras palabras, él está diciendo que Jesús era un ser humano como nosotros. Lo que debe reconocerse aquí es

que Pablo, mientras afirma plenamente que Jesús es el Hijo de Dios, usa intencionalmente el término *sarx* (σάρξ) para decir que Él se hizo humano bajo las mismas condiciones que nosotros. Este punto está respaldado por el reconocido erudito británico sobre Pablo, James D. G. Dunn, quien explica que, aunque el significado primario de *sarx* es el cuerpo humano, la función más significativa del término desde la perspectiva de Pablo es su implicación de “mortalidad humana.”⁴ Con esto en mente, observemos más de cerca el uso del término *sarx* por Pablo.

Debemos recordar, para entender el término *sarx*, que este se refiere a la carne caída que ya no se alinea con la intención original de Dios después del pecado de Adán: “Mi Espíritu no contendrá con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne (heb. בָּשָׂר; LXX: σάρξ)” (Gén 6:3). Y basándonos en el versículo siguiente, “toda intención de los pensamientos de su corazón era solo de continuo al mal” (v. 5), podemos definir *sarx* como “debilidad ontológica”, o, más simplemente, “una tendencia que atrae hacia el pecado.”

Para los tiempos de Jesús, ya existía la Septuaginta (LXX —la traducción griega del Antiguo Testamento del siglo III a. C.), y Pablo estaba familiarizado con ella. Con eso en mente, el hecho de que Pablo escogiera deliberadamente la palabra *sarx* es bastante significativo. Es bien sabido que él pudo haber elegido el término más neutral *sōma* (σῶμα) para indicar que Jesús era un ser humano. Observe cómo Pablo usa *sōma* cuando expresa la excelencia de la divinidad de Jesús: “Porque en Él habita corporalmente (σῶμα) toda la plenitud de la Deidad” (Col 2:9). Sin embargo, Pablo eligió el término *sarx* porque deseaba enfatizar que el Jesús humano vino bajo las mismas condiciones que nosotros.

Que Él viniera en *sarx* significa que Él comenzó Su vida humana desde el mismo punto de partida que nosotros. En otras palabras, el Jesús humano no vino en la posición de Adán antes de la caída, sino en la posición de Adán después de la caída. Como el segundo Adán, el último Adán (1 Cor 15:45, 47), Él resolvió y restauró todo en el mismo punto donde el primer Adán falló. Él no meramente “actuó” como humano, ni vino con mejores condiciones que nosotros. Más bien, porque el Hijo de Dios dejó a un lado su naturaleza divina y se hizo humano, el peso de vida que Él llevó fue inconmensurablemente más pesado que el nuestro. Hebreos 5:7 nos muestra vívidamente su condición:

“En los días de Su carne (sárx), Jesús ofreció oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, y fue oído a causa de Su reverencia”. (Heb 5:7).

Considerando que Jesús estaba plenamente consciente de que si cedía siquiera por un momento a las olas feroces del *sárx* que conducen al pecado, el camino de salvación para la humanidad quedaría completamente cortado, nunca podemos decir que Él vivió una vida más fácil que la nuestra. Más bien, es mucho más preciso decir que Él escogió voluntariamente el sufrimiento por Su amor por nosotros.

Regresemos al uso del término *sárx* por Pablo. Esta vez, observemos Romanos 8:3, donde Pablo habla en términos muy fuertes acerca del hecho de que Jesús vino en *sárx*, es decir, en la misma condición que nosotros:

“...enviando a Su propio Hijo en semejanza de carne pecaminosa...” (Rom 8:3).

Pablo añade el audaz descriptor “pecaminosa” antes de *sárx*. Al hacerlo, él hace su intención al usar el término inconfundiblemente clara: él está enfatizando que la misma naturaleza de la *sárx* en la cual el Jesús humano participó es un estado de debilidad ontológica, una condición que atrae al pecado. Muchos comentaristas bíblicos y teólogos no dudan en interpretar este versículo como significando que Jesús entró en la naturaleza humana caída⁵. Sin embargo, en este punto no debemos pasar por alto una verdad esencial: a pesar de esto, el Señor nunca cometió pecado, como declara Hebreos 4:15:

“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Heb 4:15).

4. Como hemos visto hasta ahora, la afirmación de que Jesús vino como un ser humano en exactamente la misma condición que nosotros es una verdad indiscutible respaldada por la Escritura.

Sin embargo, cuando esta afirmación se ve a través del lente coloreado de la doctrina del “pecado original”, la verdad de que el Jesús humano vino en *sárx* se vuelve difícil de aceptar.

Esto se debe a que, bajo esa doctrina, el pecado original se entiende como el pecado que se volvió mío como resultado de la caída de Adán. Así, decir que Jesús se hizo humano en la misma condición que nosotros —en otras palabras, que Él se hizo *sárx*— puede sonar como si Él también poseyera el pecado original.

El concepto doctrinal del pecado original tiene sus raíces en la interpretación de Agustín (354–430 d.C.) de Romanos 5:12: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un

hombre, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.” Aunque Agustín no fue el originador de la doctrina del pecado original, se dice que desempeñó un papel principal en sistematizar y difundir su influencia.

Agustín interpretó este versículo como significando que cuando Adán pecó, todos nosotros que estábamos “en Adán” pecamos también. Aunque la Biblia coreana traduce la frase correctamente como “porque todos pecaron”, Agustín, confiando en la traducción latina disponible para él en ese momento, entendió la cláusula relativa griega como significando “en quien (ese un hombre, Adán) todos pecaron⁶.”

Esta interpretación condujo naturalmente al entendimiento de que “el pecado que Adán cometió” fue transmitido a nosotros, y esta trayectoria tuvo una influencia significativa también en el Reformador Calvino. Como resultado, muchísimos comentaristas y teólogos bíblicos hoy han llegado a aceptar la idea de que el pecado de Adán es heredado por todas las personas.

Sin embargo, un examen cuidadoso de este versículo muestra que lo que Pablo intentó decir no fue que “el pecado que Adán cometió” es heredado por nosotros, sino más bien que Adán murió a causa del pecado que él mismo cometió, y nosotros morimos a causa de los pecados que nosotros mismos cometemos. El verbo en la declaración “todos han pecado” está en voz activa. En otras palabras, no es que el pecado de Adán fue pasado a nosotros, sino que cada persona llega a la muerte a través de los pecados que ellos han escogido personalmente. Ezequiel 18:20 también ilustra este punto claramente:

“El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él.”

Así, sí Romanos 5:12 se entiende como que cada persona llega a la muerte a través del pecado que cada uno ha cometido, entonces los versículos siguientes (5:13–21) no se enfocan en la herencia del primer pecado de Adán, sino en la muerte como resultado del pecado. Esto, a su vez, se convierte en un fundamento apropiado para la discusión de Pablo sobre la santificación en los capítulos 6–8. Basándonos en esta interpretación, cuando nos referimos al primer pecado que Adán cometió contra Dios, es más preciso usar la expresión “primer pecado de Adán” en lugar de “pecado original”, ya que este último fácilmente conduce al malentendido de una “transmisión hereditaria del pecado.”

5. Entonces, ¿tiene Jesús, que vino en la *sárx*, el primer pecado de Adán o no? Como ya hemos visto, la “herencia del pecado original” no es una enseñanza bíblica que pueda ser extraída de Romanos 5:12. Sin embargo, debido a que la causa primaria de la *sárx* es el primer pecado de Adán, la relación entre la *sárx* y el primer pecado de Adán sí necesita ser definida claramente. El Jesús humano vino en la *sárx*. Debido a que la causa primaria de la *sárx* es “el primer pecado de Adán”, podemos decir que la *sárx* incluye los efectos de ese primer pecado. Sin embargo, debemos tener en mente que “el primer pecado de Adán” no es un pecado que Jesús mismo cometió, ni uno por el cual Él fue condenado. Como Romanos 5:12 declara, el pecado es aquello que lleva a la muerte. Jesús cargó el primer pecado de Adán y subió a la cruz, pagando el precio por el pecado de Adán y así salvándolo. Él no cometió pecado. Él mismo debido al primer pecado de Adán incluido en la *sárx*, ni fue reprochado, juzgado y puesto a muerte en la cruz por ello. Por lo tanto, incluso si el primer pecado de Adán está incluido dentro de la condición de la *sárx*, Jesús aún sigue siendo Aquel que no cometió pecado.

La razón por la cual la confusión aumenta en este punto es debido a la ampliamente sostenida doctrina agustiniano-calvinista de la “herencia del pecado original.” El entendimiento calvinista del pecado original sostiene que el pecado original consiste tanto en la naturaleza pecaminosa como en la culpa. Así, la humanidad es entendida como naciendo ya malvada porque tanto la naturaleza pecaminosa como la culpa se cree que son heredadas de Adán. Cuando decimos que el primer pecado de Adán está incluido en la *sárx* que Jesús asumió, ver esto a través del lente de la doctrina calvinista conduce a la conclusión de que Jesús poseía culpa—es decir, un pecado merecedor de condena—y esto se vuelve problemático. Una vez más, decir que el Jesús humano vino en la *sárx*, que incluye el primer pecado de Adán, significa que el segundo Adán, Jesús, sin embargo, no cometió pecado. No significa que Él poseyera culpa.

Jesús nunca cedió ni una sola vez a la influencia de la *sárx*, ni cometió pecado. Más bien, Él aceptó sobre sí mismo el juicio del pecado de Adán así como los pecados de todos nosotros (“Dios condenó al pecado en la carne”, Rom 8:3), y al escoger la muerte en la cruz, Él nos salvó.

“Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mar 10:45).

Por lo tanto, por medio de Jesucristo, quien vino en la *sárx*, hemos sido restaurados a una relación correcta con Dios y ahora somos capaces de presentarnos ante Él como seres santos y sin mancha: “Ahora Él os ha reconciliado en su cuerpo de carne mediante

su muerte, para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de Él” (Col 1:22).

6. Ahora resumamos la discusión hasta este punto y luego consideremos los beneficios que esta línea de entendimiento provee.

El término “Jesús humano” significa, en breve, que Jesús, como hombre, vivió en esta tierra en la misma condición de carne (sárx) que nosotros poseemos, y sin embargo permaneció en completa obediencia a Dios y nunca eligió el pecado. Al hacerlo, Él cumplió las condiciones necesarias para la salvación de la humanidad y se convirtió en el modelo para nuestras vidas. El propósito de Dios al crear a la humanidad no estaba centrado en la salvación; Él no creó a la humanidad anticipando su caída. Los seres humanos fueron originalmente creados a imagen de Dios como compañeros de amor, destinados a crecer continuamente. La intención de Dios es que crezcamos “a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef 4:13–15). Por lo tanto, es esencial que el Jesús humano—quien encarna el modelo de restauración ontológica acorde con el mismo propósito de la creación humana—sea enfatizado.

Sin embargo, como se señaló anteriormente, la doctrina del “pecado original” se convierte en un obstáculo mayor en una vida de fe que busca la santificación mientras mira al Jesús humano. Esta doctrina ejerce influencia negativa en ambas direcciones — entre Jesús y nosotros como creyentes.

Primero, la doctrina del pecado original, incluso si es de manera no intencional, termina distorsionando la imagen de Jesús. Mientras la doctrina del pecado original permanezca operando, Jesús no puede ser un ser humano que vivió una vida bajo las mismas condiciones que nosotros. Él es un ser que, desde su nacimiento, no tiene ni naturaleza pecaminosa ni culpa. Como resultado, Su vida se convierte en una que no podemos tomar como modelo, y aunque lo llamemos humano, lo convierte en un tipo diferente de ser humano que nosotros. Al final, esto cierra el camino para encontrarnos personalmente con Jesús y crea la posibilidad de relacionarnos con Él como un ídolo impersonal.

Segundo, intensifica en nosotros como creyentes una especie de impotencia fatalista, haciendo imposible vivir una vida de santificación. Incluso después de nacer de nuevo, todavía poseemos la carne. Es decir, el conflicto entre el viejo hombre y el nuevo hombre continúa. Bajo tales condiciones, mientras la doctrina del pecado original heredado permanezca, el viejo hombre nunca puede ser verdaderamente libre del problema del pecado. La doctrina nos hace enfocarnos en la debilidad inherente de

nuestra carne, de modo que, aun cuando se nos dice que imitemos a Jesús —quien, como uno igual a nosotros, vivió una vida de perfecta obediencia— termina actuando como una excusa para nuestro fracaso en vivir dicha vida. Así, en una vida de fe que debe perseguir la santificación, la doctrina del pecado original inevitablemente revela sus limitaciones.

En contraste, la perspectiva alternativa presentada por el Ministerio Zoe es la siguiente:

1. **Dimensión cristológica:** Jesús se encarnó como un ser humano con exactamente las mismas condiciones que poseemos (Fil 2:6–8). Dios envió a Jesús al mundo en semejanza de carne pecaminosa (Rom 8:3). Sin embargo, el Jesús humano fue un hombre lleno del Espíritu Santo (Isa 42:1), y Él nunca escogió el pecado (Heb 4:15). De esta manera, Jesús cumplió las condiciones necesarias para salvarnos y se convirtió en el modelo para la santificación que perseguimos.
2. **Dimensión antropológica:** Después de la caída de Adán, nos convertimos en carne (Gén 6:3). Estrictamente hablando, este es un estado de la posibilidad de pecar, no un estado de ya haber pecado y estar bajo juicio. Puesto que la “carne” está libre del dilema del pecado original —es decir, la contradicción de ser un pecador sin haber cometido pecado— puede ser sometida más fácilmente por el nuevo hombre. Así, dentro del conflicto entre el viejo hombre y el nuevo hombre, nosotros también podemos ser llenos del Espíritu Santo y hacer que el nuevo hombre florezca continuamente, tal como lo hizo el Jesús humano.

Tal perspectiva, que supera la doctrina del pecado original, primero restaura la imagen verdadera de Jesús y nos anima a vivir como Él vivió, escogiendo, como personas del nuevo hombre, no andar conforme a la carne. También elimina la posibilidad de un derrotismo fatalista que puede surgir en el proceso de santificación, resolviendo así la impotencia espiritual que proviene de ello.

7. Finalmente, examinaremos en un formato de preguntas y respuestas si la explicación del “Jesús humano, *sárx*, y el primer pecado de Adán” tiene algún punto de conflicto con el sistema de verdad existente y el ministerio del Ministerio Zoe.

P. ¿Existe algún conflicto entre este concepto de “los espíritus que fluyen a través de una línea familiar” y nuestra posición que rechaza la herencia del pecado original?

R. Por ejemplo, en el pasado, muchas abuelas vivieron en soledad y aislamiento y no recibieron amor apropiado de sus esposos, así que la influencia de la inmoralidad era fuerte. Es natural que tal influencia afecte a generaciones posteriores. En este sentido,

un individuo que permanece bajo esa influencia adquiere y aprende tal pecado; no es que el pecado mismo sea heredado y por lo tanto repetido.

P. Si, en el ministerio del Santuario Celestial, entendemos que el problema del primer pecado de Adán ya ha sido resuelto, entonces ¿no es innecesario decir que el primer pecado de Adán está incluido dentro de la *sárx*?

R. No puede haber ministerio del Santuario Celestial sin antes pasar por la cruz. En la cruz, Jesús llevó el juicio por los pecados de la humanidad; Él descendió al Hades y liberó a los justos; Él resucitó; y luego Él entró en el Santuario Celestial y, con Su propia sangre, borró completamente y perfeccionó lo que había sido contaminado en el código de la conciencia (Hebreos 9–10). A través de la cruz de Jesús somos hechos santos, y a través de Su ministerio en el Santuario Celestial somos hechos completos. Después del sacrificio que nos hizo santos, hubo otra obra sacerdotal —este fue el ministerio de Jesús en el Santuario Celestial.

P. ¿Cuál es la relación entre la declaración de Juan el Bautista sobre Jesús —“el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”— y la *sárx*?

R. Cuando Juan el Bautista vio venir a Jesús y dijo: “He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29), él estaba describiendo a Jesús como el Cordero expiatorio que llevó todos los pecados de la humanidad —incluyendo el primer pecado de Adán. Cuando Jesús recibió el bautismo de Juan, Él dijo que hacerlo era “para cumplir toda justicia” (Mat 3:15). Al hacer esto, todo pecado fue condenado en Él (Rom 8:3), y por medio de Su muerte en la cruz Él pagó el precio por nuestros pecados y satisfizo la justicia de Dios. Aunque Jesús vivió en la *sárx*, Él nunca pecó ni una sola vez, y por lo tanto Él pudo convertirse en el Cordero de sacrificio de Dios, que pudo llevar los pecados de toda la humanidad.

P. Nosotros, que vivimos dentro de las limitaciones de la carne (*sárx*), a veces escogemos el pecado incluso en la niñez —de hecho, aún niños pequeños cometen pecado. Puesto que Jesús pasó su infancia y niñez bajo las mismas condiciones humanas que nosotros, ¿no habría sido Él igual?

R. Jesús vino en la *sárx*, por lo que existía una posibilidad real de que Él pudiera haber pecado. Pero Él no pecó. Si Jesús hubiera cometido pecado en algún momento, Él no habría cumplido las condiciones necesarias para nuestra salvación. Por lo tanto, el hecho mismo de que todos hayamos recibido salvación significa que Él no pecó ni siquiera en Su niñez. María, quien recibió la visitación del ángel y sabía que el niño concebido en ella por el Espíritu Santo era el Hijo de Dios, lo habría llevado y criado de una manera extraordinaria. La plenitud del Espíritu Santo que ella experimentó probablemente le permitió vivir sin escoger el pecado durante todo su embarazo. Y el

relato de Jesús a los doce años (Lucas 2) testifica que Él vivió sin pecado tanto antes como después de ese tiempo. Lo que debemos recordar es que haber sido concebido por el Espíritu Santo no significa que Él fuera inmune al pecado. Eso es evidencia de Su identidad —es decir, Su ser el Hijo de Dios— y no es lo que determina Su impecabilidad. A través de María, Él vino en la misma carne que nosotros.

P. ¿Acaso Adán y Eva también estaban en un estado de *sárx* en la creación? ¿Y es por eso que, en lugar de aferrarse a la palabra de Dios, ellos cayeron en la tentación de Satanás y cometieron pecado?

R. En la creación, Adán y Eva estaban precisamente en el estado original que Dios había intencionado. Fue por su propio libre albedrío que ellos escogieron el pecado. Como resultado, la humanidad cayó en el estado de carne (*sárx*). Y fue para salvar a la humanidad en esa condición que Jesús vino como el segundo Adán.

P. Ya sea que el acto pecaminoso de Adán y su culpa correspondiente sean o no heredados por la humanidad, los creyentes finalmente son perdonados de todos los pecados por medio de Jesús. En ese caso, ¿por qué es importante mostrar que la “herencia del pecado original” es una doctrina equivocada?

R. Incluso los creyentes, mientras vivamos en esta tierra en la carne, todavía poseemos el viejo hombre y por lo tanto enfrentamos tentaciones y desafíos constantes del pecado (Rom 6–8; Gál 5). Esto inevitablemente plantea la pregunta: “Si hemos sido liberados del pecado de Adán, ¿por qué todavía pecamos y luchamos con él?” —una pregunta que produce confusión espiritual y contradicción, lo cual finalmente conduce a la impotencia. La realidad de haber sido liberados del pecado de Adán parece no coincidir con nuestra lucha continua con el pecado. En contraste, la explicación dada por el Ministerio Zoe —es decir, que el pecado de Adán resultó en la debilidad de la existencia humana representada por la *sárx* (el viejo hombre), y que mientras vivamos en la carne inevitablemente estaremos bajo la influencia de la *sárx* que nos atrae hacia el pecado— aclara tanto por qué continuamos enfrentando el problema del pecado mientras vivimos en esta tierra como creyentes y, al mismo tiempo, cómo nosotros, como Jesús, podemos vencer la influencia del pecado dependiendo completamente del Espíritu Santo (como el nuevo hombre) y mediante el arrepentimiento y la gracia de la sangre de Jesús (Rom 8:13). Además, la doctrina de la herencia del pecado de Adán presenta a Dios como alguien que condena a las personas basándose en pecados que ellas no cometieron, llevando a un malentendido acerca de Su justicia —por ejemplo, ver incluso a un niño no nacido como ya pecador (Rom 2:6–11: “Él pagará a cada uno conforme a sus obras...”).

1 Por supuesto, Marcos declara claramente al inicio de su Evangelio (1:1) que Jesucristo es el Hijo de Dios. Sin embargo, la narrativa que sigue muestra que, hasta que Él llevó la cruz, Jesús ocultó Su identidad divina —Él dejó a un lado el ejercicio de Su divinidad— y llevó a cabo Su ministerio enteramente como un humano, como el Hijo del Hombre.

2 “Lucas tenía un interés particular en María. Esto es claro por la cantidad de espacio que Lucas le asigna, y especialmente por Lucas 2:19 y 2:51, que dicen que María guardaba estas cosas en su corazón.”

Robert H. Stein, *Difficult Passages in the Gospels*, trad. Jung Chung-ha (Seúl: Sae Soon Publishing, 1991), 56. Stein argumenta que Lucas registró la genealogía de María (pp. 54–56).

3 Por supuesto, el Evangelio de Mateo también declara que Jesús nació de María (Mat 1:16).

4 James D. G. Dunn, *The Theology of Paul the Apostle*, trad. Park Moon-jae (Seúl: Christian Digest, 2003), 125.

5 La persona particularmente digna de mención en este sentido es Edward Irving, un pastor y teólogo presbiteriano escocés de principios del siglo XIX. Él argumentó firmemente que Jesús vino en la “carne pecaminosa” (Rom 8:3) que es la misma que la nuestra. Su afirmación influyó profundamente en la cristología de teólogos modernos como Karl Barth (*Church Dogmatics I/2*, trad. coreana de Shin Joon-ho [Seúl: Korean Christian Publishing House, 2010]); T. F. Torrance (*The Mediation of Christ* [Grand Rapids: Eerdmans, 1983], 48); y Colin Gunton. Los comentaristas bíblicos han discutido por mucho tiempo si la palabra griega ὁμοιώματι (*homoiómati*), que significa “semejanza”, en la frase “semejanza de carne pecaminosa” (ὁμοιώματι σαρκὸς ἁμαρτίας) en Romanos 8:3 se refiere (i) a una semejanza con la carne humana vulnerable al pecado, implicando simultáneamente una diferencia, o (ii) a una identificación real, es decir, completa igualdad. Pablo usa ὁμοιώματι (*homoiómati*) en Filipenses 2:7 cuando habla de la encarnación como el vaciamiento de Cristo, y puesto que el punto de Pablo en Filipenses 2:6–8 es la perfecta humillación de Cristo por medio de la encarnación, ὁμοιώματι (*homoiómati*) puede entenderse como indicación de su hacerse completamente igual a la humanidad. Por lo tanto, dado que Romanos 8:3 también alude a la encarnación de Cristo de la misma manera que Filipenses 2:7, es

apropiado interpretar ὁμοιώματι (*homoiómati*) según la segunda postura. Los siguientes eruditos apoyan tal interpretación:

(a) J. D. G. Dunn, *Romans 1–8* (Waco: Word, 1988), 420–21 (“Jesús vino y ministró en la forma de la carne pecaminosa poseída por toda la humanidad”);

(b) C. K. Barrett, *Romans* (Londres: A & C Black, 1991), 147 (“Jesús asumió la misma naturaleza caída que la nuestra. Sin embargo, Él permaneció sin pecado porque continuamente venció las tendencias pecaminosas que surgían de esa naturaleza caída”);

(c) Vincent Branick, “The Sinful Flesh of the Son of God (Rom 8:3): A Key Image of Pauline Theology,” *CBQ* 47 (1985), 246–62 (“En Rom 8:3, ὁμοιώματι no apunta en absoluto a ninguna distinción o diferencia entre Jesús y la ‘carne pecaminosa’” [p. 250] / “Al escoger la palabra ‘carne’, Pablo evoca la solidaridad entre Cristo y la humanidad pecadora. Cristo, como uno de nosotros, incluso compartió nuestra pecaminosidad. Él llevó nuestra misma carne pecaminosa” [p. 260]);

(d) N. T. Wright, “Romans,” en *The New Interpreter’s Bible* 10 (Nashville: Abingdon, 2002), 578, quien también se refiere a Filipenses 2:7 y argumenta que el punto central de la frase “semejanza de carne pecaminosa” en Romanos 8:3 es que Jesús era verdaderamente humano y poseía plena identidad humana.

6 Agustín interpretó la cláusula relativa latina *in quo* —encontrada en la traducción latina que él usó— como “en quien”, es decir, “en Adán”, argumentando así que toda la humanidad pecó junto con Adán cuando él cometió su pecado. Aunque el pronombre relativo griego ὃς y su equivalente latino *quo* pueden tomarse no solo como neutro sino también como masculino (como hizo Agustín), la interpretación de Agustín no es válida, ya que no hay un antecedente masculino cercano en la frase (Fitzmyer, *Romans* [New Haven: Yale University Press, 2008], 414), y porque Pablo usa el verbo activo ἀμαρτάνω para describir el pecado actual (por ejemplo, Rom 3:23 [πάντες γὰρ ἡμαρτον]) (C. E. B. Cranfield, *Romans 1* [Edimburgo: T & T Clark, 1975], 278). La frase ἐφ’ ᾧ aparece cuatro veces en las cartas de Pablo (Rom 5:12; 2 Cor 5:4; Fil 3:12; 4:10), y en los casos de 2 Cor 5:4 y Fil 3:12, ἐφ’ ᾧ puede traducirse como la conjunción causal “porque”, lo cual muestra el mismo uso encontrado en Rom 5:12. Así, Rom 5:12 establece un paralelo entre el hecho de que el pecado de Adán trajo muerte y que, de la misma manera (οὕτως), los pecados de todas las personas también traen muerte. En este sentido, el enfoque de 5:12 no es la herencia del pecado original, como argumentaron Agustín y teólogos posteriores, sino la correlación entre pecado y muerte (Dunn, *Romans 1–8*, 290). Curiosamente, aun así, algunos eruditos todavía permanecen dentro del marco interpretativo de Agustín. Por ejemplo, véase el comentario de Douglas J. Moo sobre Rom 5:12 en *The Epistle to the Romans* (NICNT), trad. coreana de Son Joo-cheol (Seúl: Solomon, 2011).